



El absolutismo en auge

Los verdaderos liberales españoles, que hoy no pueden ser sino republicanos, siguen con interés creciente la colaboración de los reformistas en este gabinete que se reserva para tratar de salvarle a la Corona de la crisis de la irresponsabilidad. Muchos de esos verdaderos liberales españoles creen que los reformistas han hecho bien en aceptar la colaboración en el actual gobierno; pero creen asimismo que tendrán que abandonarlo antes de las elecciones generales a diputados a Cortes. Por mucha paciencia de que se armen y por mucho que se esfuerzen en sacrificar lo que creen esencial a lo que estiman secundario. Y acabarán, si tienen dignidad, por volverse al republicanismo.

La Corona ni se arrepiente ni se enmienda. Parece que cede, pero lo mismo hacia hace un siglo.

Cuando el gran barullo en que acabó la última sesión del Congreso con la huida vergonzosa del fideísmo, entre las varias cosas que a voces se dijeron, una fué ésta: «¿No decía el conde del Grove que no pasaría nada? Pues que venga él y lo arregle.»

El conde del Grove fué preceptor de don Alfonso y lo es de su hijo mayor el príncipe de Asturias. El conde del Grove parece ser la persona de mayor confianza de la reina madre, doña María Cristina de Habsburgo-Lorena. En el despacho del conde del Grove hay, según nos contó un periodista, un gran retrato del difunto emperador de Austria, Francisco José, el mayor culpable de la última gran guerra europea y el que hundió para siempre las dinastías de los Habsburgos. El conde del Grove...

Los intentos de establecer el poder personal, el régimen monárquico absoluto, el despotismo—antiliberal, por supuesto,—no han cesado en España. Los absolutistas armaron lo de la Gran Campaña Social; luego la algarada de Millán Terreros—conocido por Millán Astray, en memoria de su padre, que es un hombre muy vivo,—y todo aquello del cinematográfico Tercio, con ayuda de los sedicentes estudiantes católicos; los absolutistas atizaban el fuego sagrado contra las Juntas de Defensa militares; los absolutistas esperaron que la manifestación del domingo 10 en Madrid les diera pie para desarrollar sus planes. Los absolutistas o cesarianos acechan el fracaso de este gobierno y esperan conjurar la crisis de la irresponsabilidad.

El conde del Grove, los Berengueres, los generales Dabán y Sanjurjo, el coronel Millán Terreros esperan con los pañanos Cierva y don Torcuato la ocasión propicia para instaurar en el Reino de

España el cesarianismo. Sólo que pudiera suceder que el ministerio que siga a éste fuese como aquel ministerio del general Marqués de la Habana, que se siguió, a mediados de setiembre de 1868, al de González Brabo. Fué el ministerio del destronamiento.

Hay quien se ha sorprendido de que los reformistas se hayan aquietado con la explicación que el Presidente del Consejo de ministros dió de la visita oficial de un ayudante del rey al general don Dámaso Berenguer en el día del santo de éste.

Nosotros sospechamos que esa visita tuvo un fin muy distinto al que se le atribuye. Nosotros, que hemos oído de labios del rey que hay que exigir todas las responsabilidades y a todos, sean quienes fueren, sospechamos que la visita fué para reiterarle al ex Alto Comisario que al defenderse ante el Tribunal Supremo de Guerra y Marina no calle nada, no se reserve nada, que diga todo lo que sabe acerca de la dirección de la campaña del desgraciado general F. Silvestre. Nosotros sospechamos que de lo que se trata es de que la verdad resplandezca y de que si el general Berenguer es condenado lo sea por su lealtad al absolutismo, al cesarismo. Al general Berenguer se le ha debido decir: «Habla, y no calles nada.» Es mejor esto que no el que su hermano, el que está en activo, esté en lugares públicos de Madrid despotricando contra el mayor culpable y el mayor responsable del desastre de Annual, despotricando contra la Fatalidad dinástica.

La verdad es que de no rendirse, la única solución gallarda de la suprema crisis que se avecina, de la crisis de la irresponsabilidad, es que el general don Dámaso Berenguer, al ser juzgado, declare toda la verdad, la verdad que sabemos todos, el secreto a voces—creer en lo cual se le dijo a don Santiago Alba que era villanía,—y después de así declarada se decrete que la Fatalidad es de hecho, como de derecho, irresponsable, y se establezca el régimen absoluto con Grove, Berenguer, Dabán, Sanjurjo, Millán y los acólitos Cierva y don Torcuato.

Por de pronto el cetero don Niceto, ministro de la Guerra («in partibus infidelium»), tiene al lado, de verdadero ministro, al general Barrera, reconocido cesariano. ¿Y a que no se pone en claro lo del desfalco de Larache? ¿A que no se les releva a los infantes don Carlos y don Fernando de cargos que contra ley ocupan? Sobre todo el infante don Carlos, que ejerce jurisdicción. Aunque a esto se podrá decir que hay otro general cesariano que entró en la milicia por la puerta falsa merced a que su padre, confidente de Prim, fué uno de los que ayudó a echar del trono a la abuela paterna del rey actual.

Miguel DE UNAMUNO.

